

Los niños perdidos (un ensayo en cuarenta preguntas)*

Daniel Trujano Cruz**

Irene López Coria***

El recorrido hacia la comprensión de un tema comienza a partir de una o varias preguntas. Cuando no existe una respuesta inmediata o incluso donde las certezas parecen obviar los cuestionamientos, ahí probablemente hay algo por conocer. En el campo de la investigación, las preguntas suelen ser los detonantes; los puntos nodales para nuevas aportaciones. Este proceso se comparte con otros ámbitos del quehacer científico —como el trabajo periodístico—, que también buscan maneras para entender el acontecer social.

Resulta provechoso acercarse a diferentes propuestas y perspectivas para conocer las miradas y los abordajes diversos sobre una misma temática. De esta manera, nos referimos a la forma en que Valeria Luiselli, escritora y colaboradora en diarios como *The Guardian*, *The New York Times* y *El país*, nos presenta el tema de la migración en su libro: *Los niños perdidos (un ensayo en cuarenta preguntas)*.

Desde hace muchos años, niños provenientes de Honduras, El Salvador y Guatemala —mayoritariamente—, han viajado solos hasta cruzar la frontera mexicana para adentrarse al territorio estadounidense, pero en el verano de 2014 hubo un incremento considerable en la cifra de menores que ingresaron a dicho país. Tal aconteci-

*Valeria Luiselli (2016). *Los niños perdidos (un ensayo en cuarenta preguntas)*. Prólogo de Jon Lee Anderson, trad. del prólogo de Eduardo Rabasa. México: Sexto piso (Ensayo).

**Egresado de la licenciatura de psicología de la UAM-Xochimilco. Correo electrónico: [trujano_dcc@hotmail.com].

***Ayudante de investigación del Departamento de Educación y Comunicación (DEC), UAM-Xochimilco. Correo electrónico: [irene.lcoria@gmail.com].

miento fue reconocido como un tema urgente en la agenda legal sobre migración y se colocó entre las prioridades de “resolución” del gobierno estadounidense. Barack Obama declaró una crisis migratoria e implementó el “Priority Juvenile Docket”, un programa para agilizar los procesos de deportación de estos niños.

Durante ese mismo periodo, Valeria Luiselli esperaba una respuesta a su solicitud de residencia permanente en Estados Unidos. Sin preverlo, las complicaciones del trámite le dieron la oportunidad de trabajar en la organización *The Door*, como intérprete de los niños migrantes en la Corte Federal de Inmigración de Nueva York.

A grandes rasgos, este ensayo da cuenta del proceso legal que los menores no acompañados afrontan en la Corte Federal y enfatiza un aspecto no siempre tenido en cuenta: cruzar la frontera marca sólo el inicio de un nuevo recorrido.

De manera esquemática, Valeria Luiselli describe el rumbo que toma cada niño centroamericano después de ser detenido por la patrulla fronteriza: primero, las autoridades lo conducen a los centros de detención que popularmente se conocen como *ice box* (Immigration and Customs Enforcement), en ese lugar lo vacunan bajo el artificio de tomar medidas de salubridad; posteriormente llevan al menor a la oficina de Reasentamiento de Refugiados y desde ese sitio lo canalizan a algún albergue, en espera de que pueda ponerse en contacto con sus familiares. Una vez hecho el contacto permiten que el menor se quede con ellos, bajo la condición de recibir un citatorio para presentarse en la Corte Federal de Inmigración.

Luiselli, a partir de su función como intérprete en la Corte Federal, se dedicó a aplicar un cuestionario de admisión a los menores no acompañados detenidos en la frontera, el cual, como se describe en el libro, era el primer paso en la posible construcción de su defensa. Si los abogados presentaban pruebas de violencia y ultrajes sufridos, podrían llevar el caso a un juicio y defender la permanencia legal del niño en la Unión Americana. Sin embargo, también los abogados podrían declinar el caso al no encontrar elementos “relevantes” que demostraran tal vulnerabilidad como para otorgar al menor el estatus de refugiado.

Si bien uno de los objetivos del cuestionario era mantener un orden narrativo que organizara los relatos de los menores, Luiselli detectó que faltaban preguntas para dimensionar las particularidades de las historias de vida en las que se podrían ahondar aspectos que hicieran más comprensible lo que para cada uno —al igual que para cada familia— implica realizar el viaje hacia un país distinto. El cuestionario, entonces, generó en la autora muchas otras preguntas sobre la situación de los niños.

Luiselli articuló estas preguntas meses después de trabajar como intérprete: “¿Qué era, exactamente, un “*priority docket*”?, ¿quién estaba defendiendo a los menores indocumentados y quién los estaba acusando? y ¿de qué crimen eran culpables?” Éste es un recurso constante en el texto: antes de presentar conclusiones u opiniones detalladas sobre la problemática, la autora formula preguntas de carácter más general.

Vale la pena detenerse en este punto para decir que dicha situación tampoco resulta ajena para quienes han emprendido la tarea de revisar por primera vez las discusiones, los avances y los pendientes en torno a un problema de investigación. Solemos partir de distintos referentes cuando nos proponemos comprender un tema.

En el caso de Luiselli, la información con la que contaba sobre los menores migrantes cuando comenzó a trabajar en la Corte Federal provenía de artículos periodísticos. En el texto, esas primeras impresiones constituyeron un relato que recabó la información más conocida sobre la migración centroamericana, el cual podríamos identificar como un estado de la cuestión, si se nos permite extrapolar dicho término. Más adelante, la visión inicial de la escritora se modificó no sólo por la revisión de reportes especializados y otros artículos académicos, sino por la experiencia de trabajar con los niños migrantes en la Corte Federal. Y desde ese lugar, Luiselli parece dirigirse precisamente a ampliar el tema de los niños que viajan por cuenta propia. En cierta medida, ese cometido se inicia al ofrecer su mirada sobre lo que antecede y prosigue a un citatorio de la Corte Federal de Inmigración.

Luiselli optó por nombrar a los niños migrantes como “niños perdidos” debido a que se convierten en víctimas del efecto social de

la migración: huyen de las pandillas que quieren reclutarlos; cuando viajan en “la Bestia” corren el riesgo de caer a las vías del tren; confían su vida al “coyote”, quien puede estar coludido con las bandas de narcotraficantes o tráfico de personas; peligran por los abusos que la policía de frontera comete, y ya en los centros de detención para migrantes o los tribunales neoyorquinos casi siempre son víctimas de discriminación y de malos tratos. Incluso el cuestionario que aplicaba la escritora, fue una prueba más de racismo: en realidad, el cuestionario es un filtro para “proteger” a la ciudadanía estadounidense, porque se tiene el supuesto de que debajo de la frontera con México todo es barbarie.

Vale la pena detenernos también en este punto para aclarar que la autora no olvida en ningún momento las atrocidades cometidas en territorio nacional en contra de los migrantes, ni el posicionamiento asumido por el gobierno mexicano al implementar la repatriación de centroamericanos como primera medida. Esta precisión por parte de Luiselli es muy acertada: no debemos olvidar que las acciones políticas en México en esta materia —como en muchas otras— se encuentran determinadas principalmente por los intereses entre el gobierno mexicano y el de Estados Unidos.

Luiselli construye un relato sobre el racismo, a veces velado y a veces explícito, al que los migrantes se enfrentan en Estados Unidos. Aunque también considera las posibilidades que tienen de pertenecer y, poco a poco, de formar parte de la comunidad. En su particular estilo, presenta breves escenas de una misma temporalidad, donde aparecen tanto las muestras de rechazo hacia los migrantes como la asistencia legal de las ONG y otros esfuerzos emprendidos por algunos pobladores para facilitar la permanencia e integración de los extranjeros: caras complementarias de un país dispuesto tanto a albergar al diferente como a negarlo o, en el peor de los casos, exterminarlo.

La autora identifica tres instancias desde las cuales se presentó a la ciudadanía estadounidense el tema de la migración de menores: los medios, el gobierno y la Corte Federal. La perspectiva mediática que reportó el estado de la crisis en 2014 y enfatizó la presencia de los niños migrantes, paulatinamente relegó el tema por otros “más

urgentes” de la agenda informativa; por su parte, la visión política y la vía legal también mostraron un sesgo propio al reducir los plazos administrativos para definir el estatus migratorio de los niños. Aunque cada una constituyó una visión particular sobre el problema, la autora sostiene que las tres instancias pasaron por alto la raíz profunda de la crisis y se concentraron en encontrar una solución inmediata y más conveniente para el país: la deportación.

Luiselli se opone a ser partidaria de esta solución, puesto que resulta ser un discurso con el cual se presenta a los niños y a sus familias como víctimas de una serie de disposiciones arbitrarias, legales e ilegales, que no empatan con sus necesidades ni los reconoce como sujetos de derecho —en todo caso, refugiados—. La autora opta, entonces, por tratar de comprender las causas, cómo fue que los niños llegaron hasta ese país, para así proponer otras alternativas, aunque no sean de resolución inmediata. Hasta aquí parecería que el texto articula una denuncia y una apelación a la responsabilidad: la propia, en primera instancia, y la compartida entre países como vía para pensar otras soluciones. El escrito en su conjunto podría entenderse como un recordatorio: la *deportación* no es la solución para el problema migratorio, sino una respuesta asumida desde un posicionamiento particular.

Un aporte de este trabajo radica en la reflexión sobre los alcances de la problemática más allá del ámbito de la Corte Federal, más allá de lo que el cuestionario de admisión permite conocer y más allá de la primera información vertida en los medios. El recorrido apunta a las disputas en el ámbito de lo social y lo cotidiano, del encuentro y desencuentro entre posicionamientos y formas de pensar que se encarnan en el rechazo, la discriminación y, a su vez, cierta apertura y aceptación de los niños migrantes.

Es necesario hacer la observación de que la presentación que nos ofrece Valeria Luiselli recupera tan sólo ciertos elementos de la compleja trama de la migración. Debe tomarse muy en cuenta la opinión de la autora acerca de su trabajo: su libro es un testimonio personal, que si bien recupera algunos relatos en los que enfatiza las vejaciones que sufren los migrantes, no profundiza en la perspectiva

del menor, es decir, el posicionamiento que el migrante toma frente a su historia. El texto de Valeria propone más de lo que describe; sus preguntas son una invitación a seguir pensando sobre el tema.

La diversificación de preguntas conduce a varias posibilidades de lectura, de entre todas estas destacamos una: la reflexión sobre el sentido de la escritura y sus alcances sobre un tema como la migración, una cuestión que en reiteradas ocasiones va en paralelo con el quehacer de la investigación. Ciertamente es que el valor de un trabajo académico suele residir en la amplitud con la que se estudia un tema, pero en ocasiones la brevedad de un texto, no necesariamente producto de una investigación, es suficiente para despertar nuestro interés, animar nuestras reflexiones, o bien generar preguntas que dan pauta a nuevas investigaciones.

En el marco de las soluciones urgentes, quizá la escritura no se percibe como una vía fructífera para ofrecer respuestas inmediatas, pero, en este caso, su contribución estriba en recopilar diferentes narrativas sobre los recorridos de los migrantes y reconocer tanto los puntos en los que confluyen como las peculiaridades de cada uno. ¿Qué alcances puede tener una labor como ésta? Difícilmente podría predecirse; más bien, se trata de una apuesta que lleva implícita una intención: está formulada desde un lugar, ofrece cierta luz desde su propia perspectiva, pero no hay garantía de que pueda alcanzar un cometido o, en otras palabras, repercutir de manera concreta para solucionar el problema. Lo que sí permite es un cierto abordaje que entra en discusión con otros ya existentes.

Sabemos que no es fácil estudiar un tema y al mismo tiempo proponer planes de acción. En este caso, Valeria Luiselli nos muestra que hubo una respuesta por parte de su comunidad estudiantil al organizar TIIA —Asociación en pro de los migrantes no acompañados—, lo cual nos hace pensar en los efectos que puede generar un tema cuando se da a conocer y se discute.